

DESPUES

Luis Rodríguez/Facultad de Ciencias

Javier Alvarez, doctor en biología molecular, regresó a la cueva después de un día de búsqueda infructuosa de alimentos. Las mujeres comenzaban ya a encender la hoguera y lo miraron tibiamente al verlo llegar con las manos vacías. Una de ellas se desprendió del grupo y se le acercó. Sin intercambiar palabras caminaron juntos atravesando la amplia cueva hasta llegar al pedazo de suelo que les correspondía para vivir. Sentados sobre la paja pestilente fueron viendo llegar a los demás hombres, uno a uno. Había sido un día malo.

Algunos trataban ya de dormirse buscando ahogar el hambre en la inconsciencia cuando llegó el último de los hombres. Había sido zootecnista y su constante manejo de animales le había conservado una relativa habilidad física que lo convertía en el más hábil de los proveedores. Llevaba a cuestas un burdo costal cuyo contenido volcó orgullosamente en el centro de la cueva. Una catarata de manzanas verdes rebotó en la roca y la comunidad científica de la desaparecida Universidad Estatal se abalanzó vorazmente sobre ella.

Sería medianoche cuando Javier salió de la cueva en busca de aire fresco. Guiado por el apagado brillo de los rescoldos de la hoguera buscó a tientas la salida mientras se deleitaba aspirando bocanadas de aire cada vez menos viciado. Pasó cuidadosamente sobre una pareja que dormía casi en la entrada y de unos pasos más quedó al descubierto. No había luna pero las estrellas que tachonaban el límpido cielo iluminaban bastante bien los alrededores. En la lejanía brillaba fantasmagóricamente la bruma radiactiva que envolvía los escombros de la ciudad.

Los pasos a sus espaldas lo sacaron del ensimismamiento y volteó la cabeza para ver acercarse a Norma, despertada por su ausencia.

—Hace frío, mejor entras— le murmuró.

—Háblame de tu esposo— pidió él inesperadamente.

Permaneció callada un momento antes de hablar lentamente.

—Era un buen hombre. Estaba con los niños en la casa, cerca de donde cayó la bomba. . . Fue una suerte para nosotros que el Centro de Estudios Avanzados estuviera construido en las afueras.

—A veces lo dudo. ¿Lo amabas?

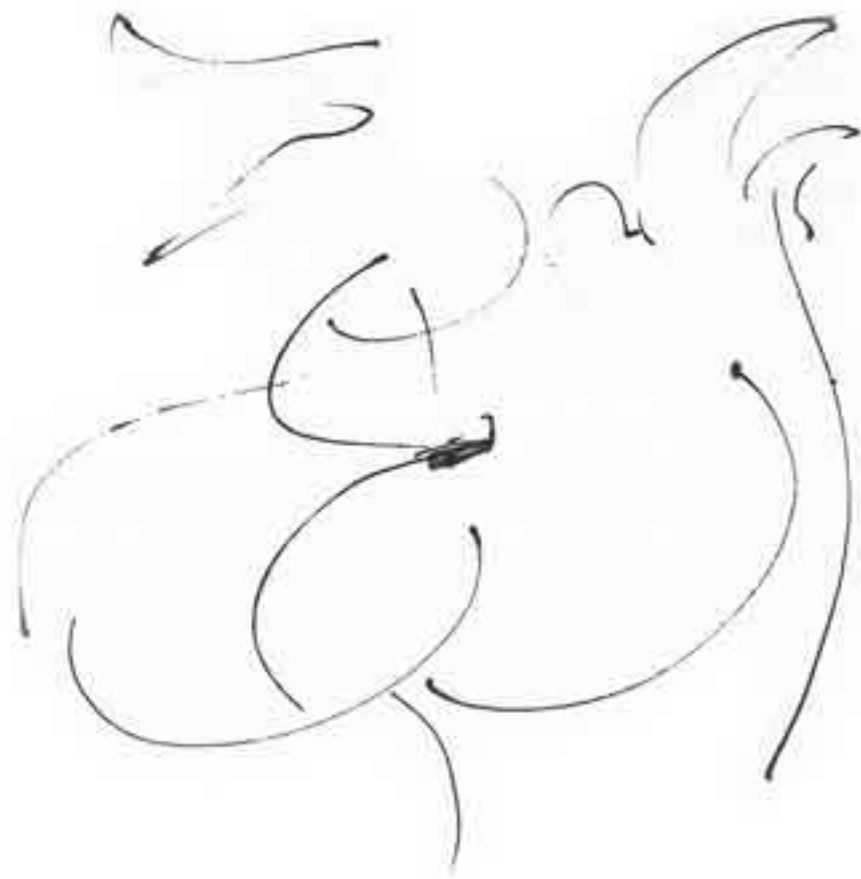
—Mucho. Espero que no hayan sufrido. Sobre todo los niños.

—No te preocupes; todo pasó en décimas de segundo.

—Sí, y ya nadie lo esperaba. Recuerda cómo el temor inicial se fue convirtiendo primero en tolerancia y luego en despreocupación, hasta considerar alarmista y pasada de moda cualquier crítica. Pero es que parecía imposible: había tantos mecanismos de seguridad.

—Fallaron en alguna parte. Lo que funcionó a la perfección fueron los cohetes de represalia. Los últimos boletines de radio informaron del éxito total de la operación Némesis.

El viento frío de la noche cambió de dirección y les hizo llegar el mensaje de putrefacción que remitía continuamente el gigantesco cadáver de la ciudad. Su olfato acostumbrado



do a él lo ignoró. Entonces Norma le hizo a Javier la pregunta. La misma que ella, él, y todos los del grupo se repetían cada noche.

—¿Se detendrá la persecución alguna vez? Los Inocentes deberían comprender que la culpa de todo la tuvieron los políticos y los militares. Nosotros sólo buscábamos ampliar el conocimiento humano. ¿Por qué nos buscan para matarnos?

Javier le dio la respuesta que ambos conocían.

—Nosotros somos la raíz del mal. Un político señaló dónde debían caer, un militar apretó los botones, pero nosotros hicimos las bombas. Los Inocentes no quieren que las cosas se repitan y para ellos el único camino es exterminar todo lo científico. No los podemos culpar.

Entrelazados se adentraron en la cueva.

El Viajante llegó como cada tres meses, vestido con su largo manto negro que parecía no recoger el polvo del camino. Recorría circularmente la región entrelazando las diversas tribus que la habitaban, llevando noticias y mensajes de una a otra y recibiendo a veces comida a cambio. Había descubierto accidentalmente la colonia de Culpables que abarrotaba la cueva y aun cuando sabía que recibiría una buena recompensa si los delataba a cualquier tribu, no lo había hecho. Indiscriminadamente añadió el lugar a su ruta habitual.

Una vez que hubo comido de las escasas reservas que guardaba la cueva, se acostó a esperar la llegada de la noche que reuniría a todos. Con los ojos cerrados oía los pasos cansados de los hombres que llegaban y los chasquidos que hacían las ramas secas al ser partidas por las mujeres. Cuando consideró que nadie más llegaría se paró de un lado de la hoguera recién encendida, mientras todos los demás lo hacían del otro lado colocándose como si se hallaran en una aula de clases. Empezó a hablar sin que le hicieran ninguna pregunta porque ya sabía lo que a ellos les interesaba.

—La persecución no ha cesado. Pero pueden estar tranquilos por unas semanas. La tribu de Jonás ejecutó recientemente al doctor Wolff y eso los debe mantener saciados un tiempo.

Los dos nombres resonaron en el cerebro de todos los oyentes. La tribu de Jonás, la más grande y temible de la región, estaba mandada por un antiguo comerciante cuyo nombre real nadie sabía. El doctor Wolff había sido bautizado por la prensa como el “Padre de la Bomba Termoiónica”, apodo que él repudiaba con toda el alma; era muy conocido y apreciado por toda la comunidad científica. Todos recordaron cómo se lamentaba del mal uso dado al efecto termoiónico que había descubierto.

El Viajante prosiguió contándoles cómo el doctor Wolff había pasado desapercibido entre los miembros de la tribu donde llevaba viviendo varios meses. Nadie sospechaba del anciano que recorría cabizbajo los alrededores de las tiendas recogiendo restos de comida. No hablaba con nadie, como si lo avergonzara algo, y parecía ser un anciano más sin familia que esperaba impaciente la bendición de la muerte.

Un día una de las mujeres encontró entre los viejos periódicos que servían de relleno

para su colchón, la foto de un hombre que se parecía fuertemente al anciano recolector de sobras. Incitada por la curiosidad leyó el texto que la acompañaba. Cuando terminó, la ira invadía cada célula de su cuerpo y caminando firmemente se dirigió a la tienda principal llevando cuidadosamente el amarillento pedazo de papel. Cuando Jonás se enteró de todo mandó traer al anciano, y al tenerlo enfrente le habló respetuosamente porque aún era un hombre noble.

—Viejo. . ., de entre todos los Culpables hay uno que lo es más. Fue el que creó el Gran Calor y eso lo hace el hombre más odiado de la Tierra. Este pedazo de papel dice que tú eres él.

Silencio.

—Viejo. . ., la foto está reseca y arderá rápidamente en ese candelero. Dime que es sólo una coincidencia, porque temo a la ira de mi pueblo.

—Soy el doctor Kurt Wolff —respondió con firmeza insospechada el anciano y el gentío que esperaba afuera le hizo eco con un murmullo que clamaba venganza. Jonás lo condenó a morir a manos de las madres de los Diferentes.

En medio de un ambiente festivo fue llevado al amplio claro que ocupaba el centro de la aldea. El gentío lo rodeó formando un amplio círculo. Recorrió con la vista los rostros que lo rodeaban y sólo un hombre que iba arropado en un manto negro tenía en la mirada algo que no fuese odio. Agobiado cayó de rodillas.

La primera mujer brotó de la pared humana llevando en brazos al hermoso niño. El sol acariciaba la piel rosada y los bracitos golpeteaban suavemente el pecho de su madre mientras movía incesantemente de un lado a otro la cabeza como si buscara algo. La mujer lo acercó al doctor Wolff, sujetándolo, de modo que quedaron cara a cara. No tenía ojos. Sólo una amplia frente que comenzaba demasiado abajo. En ningún momento paró el niño de mover la cabeza buscando instintivamente el primer rayo de luz que nunca encontraría.

Cuando la mujer consideró que el científico había observado bien al niño, retrocedió unos pasos y lo sentó en el suelo, donde pudiera seguirlo viendo, y ella se perdió de nuevo entre la gente. Otra madre surgió en la misma forma misteriosa y repitió el ritual, con la única diferencia de que el niño que cargaba sí tenía ojos. Lo que le faltaba eran las extremidades. Parecía una almohada rosada a la que algún bromista hubiera pintado una cara. Fue depositado junto al niño anterior. El desfile de mutantes continuó por largo rato hasta que de pronto se detuvo. El físico nuclear quedó observando sin quererlo al grupo de niños, y rodeando a ambos, la ahora silente muchedumbre. El doctor pudo al fin comprobar su tesis referente al altísimo porcentaje de mutantes que aparecerían después de una guerra nuclear. De hecho parecía no haber niños normales.

Las mujeres volvieron a aparecer de entre la gente, sólo que en esta ocasión simultáneamente. Ya no llevaban a un niño en brazos. Había ocupado su lugar un garrote que cargaban con la misma ternura con que habían cargado a sus hijos. Lo rodearon lentamente, disputándose a suaves empujones los lugares más cercanos a él. Cuando los golpes —que en unos segundos transformarían al brillante cerebro en un revoltijo de sangre y canas— comenzaron a caer. El doctor murmuró algo, pero ni las mujeres que estaban más cerca lo oyeron. Comenzó a repetir en voz más alta lo que había dicho, pero un garrotazo le destrozó la boca, y lo único que salió de ella fue un borbotón de sangre y dientes. Los niños comenzaron a llorar a alaridos y ése fue el último sonido que escuchó en su vida el doctor Wolff.

Cuando el Viajante concluyó su relato nadie le increpó el no haber intervenido para tratar de evitar la ejecución. Lo único que hubiera logrado sería hacerla doble. La reunión continuó y todos escucharon con avidez de noticias.

A la mañana siguiente, mientras el Viajante se preparaba para reiniciar su recorrido sin fin, Javier se acercó a él.

—Creo que nunca le hemos agradecido el gran servicio que nos hace. Ayuda mucho mantener contacto con lo que queda del mundo.

—Sólo son un punto más en mi recorrido. Y recibo comida a cambio.

—Sabemos lo peligroso que es. Gracias.

—Es mi trabajo y me gusta. Me permite ser libre, no estar atado a nada. Adiós.

Caminando expertamente, se perdió en el bosque.

Los hombres de Jonás llegaron a la boca de la cueva cuando comenzaba a amanecer. Iban armados de lanzas ruimentarias y se distribuyeron silenciosamente por el interior

hasta tener copados a los durmientes. Antes de abrir los ojos Javier supo por las excitadas respiraciones que al fin los habían encontrado. Lo primero que vio fue la punta de la lanza que lo apuntaba y ni siquiera trató de mirar el rostro del que la llevaba, pensando que así se le haría más fácil ejecutarlo.

—Júntenlos rápidamente —retumbó la voz de Jonás en el interior de la cueva. Tenemos que volver cuanto antes. Tú, el despierto —señaló a Javier—, te nombro líder de tu grupo. Tenemos que organizar esto.

El resto fue despertando ante los gritos de Jonás y las patadas de sus hombres. Habían imaginado tantas veces este momento, que se conformaron suponiendo que se trataba de un sueño más y no opusieron ninguna resistencia.

—¿Cómo nos encontraron? —preguntó Javier mientras eran agrupados y flanqueados por sus captores.

—Seguimos al Viajante —respondió Jonás. Sospechaba de él hacía mucho. Ya ha sido ejecutado por mis hombres.

Y alzando la voz para que todos lo oyeran, añadió:

—Emprenderemos el regreso al pueblo. No traten de huir; ejecutaremos a dos por cada uno que escape.

Conforme dejaban atrás la cueva Javier pensó que en el pueblo les esperaba una ceremonia como la que había envuelto la muerte del doctor Wolff, esta vez en escala masiva. A los pocos minutos de caminar encontraron el cadáver del Viajante. Las moscas le revoloteaban la cara atraídas por la humedad de sus ojos abiertos. La lanza que lo atravesaba había sido incrustada con tal violencia que siguió hasta enterrarse fuertemente en la tierra.

Cuando llegaron a la aldea comprendieron que algo extraño pasaba. No había nadie a la vista, pero oían a sus espaldas el apagado sonido que hacían los pedazos de lona que cubrían las entradas de las tiendas al ser hechos a un lado para poder observarlos. Así fueron recorriendo filas de silenciosas tiendas que volvían tenuemente a la vida tan pronto las dejaban atrás, hasta que llegaron a una tosca construcción de madera que se veía claramente había sido hecha a toda prisa.

—Permanecerán prisioneros aquí —dijo Jonás, que parecía ser el único que hablaba en la tribu.

Penetraron en el húmedo recinto y al poco rato uno de los hombres volvió y con un gesto indicó a Javier que le siguiera.

Volvieron a caminar entre las tiendas silenciosas hasta llegar a una que era mayor y mejor construida que las demás. El hombre, usando de nuevo un gesto, le indicó que entrara. Javier hizo a un lado la pesada lona y agachándose penetró en la Tienda Principal. Un olor a incienso golpeó su olfato y rápidamente localizó su origen en dos candelabros que humeaban mansamente. En medio de ellos lo esperaba Jonás sentado sobre un tocón. El lo hizo en el suelo.

—Culpable —comenzó Jonás—, necesitamos de ti y de los tuyos. Mi tribu está enferma y sólo el poder de ustedes puede curarnos. Por esto recurro a ustedes, violando todos los preceptos de la Nueva Ley.

—Veo perfectamente sanos a ti y a tus hombres.

—Sólo unos han caído, pero día a día aumenta su número. Tres han muerto ya y los otros agravan. Ven, te llevaré a uno de ellos.

De nuevo caminaron por la aldea desierta hasta llegar a una tienda en la que Jonás penetró sin ningún preámbulo. La mujer que cuidaba al niño tendido en el camastro corrió a abrazar a Jonás mientras miraba con ojos suplicantes a Javier. Aquél no pudo más que aceptar:

—Es mi hijo.

Javier se acercó al enfermo y lo examinó superficialmente. Tendría unos diez años de edad y dormía en un nervioso sopor. No era médico, pero la enfermedad era fácil de diagnosticar. La tez cetrina. Los labios ennegrecidos. La lengua que comenzaba a inflamarse y que lo seguiría haciendo hasta que el niño no podría ni cerrar la boca. El penetrante olor a muerte. La Peste Negra.

—Es la peste negra —repitió a los padres. Se presenta en condiciones insalubres como las que había en la Edad Media. O como las que hay ahora.

—Cúralos —ordenó Jonás.

—Lo podríamos hacer si tuviéramos ciertos medicamentos. Pero ustedes destruyeron todo lo relacionado con la ciencia. Es imposible.

—Entonces ustedes morirán a un antes que nosotros.

El resto del grupo recibió las noticias con indiferencia. De cualquier manera esperaban morir, y sin inmutarse siguieron descansando recostados en el suelo.

—Si sólo pudiéramos elaborar algunos antibióticos —comentó alguien.

—Seguro, sólo necesitamos un laboratorio perfectamente equipado —le respondió burlesonamente otro.

—El laboratorio del Instituto de Biofísica tiene los elementos necesarios para sintetizarlos.

—Olvídalo, las hordas visitaron la Universidad después que la dejamos.

Javier intervino en la discusión:

—Quizá quedó algo. Hay una posibilidad y tenemos que intentarla. Mañana le pediré a Jonás que me mande con algunos de sus hombres a averiguar.

Javier calculó que hacía unos tres años que abandonaron apresuradamente la Universidad. Sin embargo, en la lejanía parecía no haber cambiado nada. Los enormes edificios seguían allí, diseminados por el espacioso terreno, esperando que alguien los ocupara. Lo único que discordaba con un día de antes era la soledad que envolvía todo.

Conforme se fueron acercando el espejismo se disipó para dar paso a la realidad. La hierba invadía los antiguos jardines y en los estacionamientos se oxidaban para siempre los autos abandonados. No había quedado un cristal entero en los edificios. Pasaron cerca de la Biblioteca Central y el olor a papel quemado que se había impregnado perpetuamente en sus muros llegó hasta él y sus guardianes. Siguieron caminando por entre los edificios devastados hasta que llegaron al laboratorio que buscaban. Pasaron sobre la puerta derribada.

El brillo insoportable que surgía del centro del recinto los deslumbró violentamente. Los hombres de Jonás retrocedieron asustados cubriéndose la cara. Javier comenzó a carcajearse histéricamente mientras se apoyaba en la pared. Todo estaba intacto. Cada frágil tubo de ensayo y cada quebradiza pipeta. Las hordas vengadoras no se habían atrevido a penetrar ahí. Javier reía y reía hasta las lágrimas mientras recordaba las veces que los investigadores habían solicitado que se cambiara de lugar el enorme cilindro de acero cromado del separador de partículas porque la luz solar al reflejarse en él deslumbraba moleestamente a los que entraban. Un error de diseño los había salvado.

Comenzaron a trabajar rápidamente porque sabían que la peste se haría cada día más resistente y extendida. Todo funcionaba a la perfección y sólo tuvieron que quitar la capa de polvo que cubría los aparatos para que éstos despertaran de su estado latente.

Necesitaban a un enfermo para obtener muestras de fluidos y probar en él los primeros antibióticos que obtuvieran. Trajeron con ellos al hijo de Jonás porque era el más liviano de los contagiados y era fácil transportarlo en camilla. Reaccionó favorablemente al tratamiento y aún convaleciente andaba entre los investigadores observando cómo producían las sustancias que salvarían a su pueblo. Una mañana estuvo parado largo rato junto a Javier mientras éste preparaba las dosis.

—Quiero aprender la magia que cura —habló al fin.

—Es sólo ciencia —contestó Javier. Cuando eras aún más niño la practicaban muchos hombres.

—Lo recuerdo. En la escuela nos lo decía mucho un maestro.

Javier se puso en cuclillas para quedar cara a cara con el niño y le dijo suavemente:

—Me gustaría poder enseñarte algunas cosas, pero me costaría la vida si tu padre lo sabe. Así que mejor olvida todo lo que has visto.

Comenzó a evitar al muchacho, temiendo que alguno de los guardianes reportara algo. Tratando de distraerle la atención fue un día hasta la biblioteca. Puesto de rodillas removió entre las cenizas y pudo encontrar algunos pedazos de libro con partes aún legibles. Eran chamuscados segmentos de obras científicas que el hijo de Jonás no entendería, pero que lo entretendrían con sus fotos y grabados manteniéndolo alejado de él. La voz infantil sonó a sus espaldas. El niño lo había seguido:

—¿Es esto la ciencia? —le preguntó ansiosamente.

Sin atreverse a mirarlo, Javier le contestó culpablemente

—Sí, esto es la ciencia.

El niño recogió todas las hojas que pudo y se fue corriendo a buscar un escondite para su nuevo juguete. Había sido cruel, pensó Javier. “Ya se aburrirá y hará una hoguera con ellos”, se consoló luego.

Todo se desarrolló satisfactoriamente y la epidemia cesó. Jonás los despidió prometiendo que no los perseguiría más, pero también que matarían al que se acercara a la aldea.

—Te podemos ser muy útiles —propuso Javier. Con nuestra ayuda dominarías a todas las tribus en unos meses.

—Por eso los devuelvo a su cueva.

—Quizá nos necesites otra vez.

—Si es así todo se hará de nuevo en mis términos —habló finalmente Jonás.

Rehabitaron la cueva y reanudaron su monótona vida fácilmente. Al poco tiempo todo lo sucedido les parecía tan irreal que quedaron como antes: temiendo la represalia que ya nunca habría de llegar.

La luna llena bañaba la aldea cuando el hijo de Jonás abandonó sigilosamente la tienda donde dormían sus padres. Se fue alejando hasta llegar a un grupo de matas como las que por cientos rodeaban la aldea. Ahí removió unas piedras hasta encontrar lo que buscaba. Las hojas amarillentas de bordes carbonizados reflejaron opacamente la luz lunar. Acostado boca abajo el niño las ojeó brevemente y como todas las noches no comprendió nada. Entonces hizo a un lado los oscuros simbolismos y rodó su cuerpo hasta quedar de cara al firmamento. Las estrellas amigas le hicieron un guiño y él les devolvió mentalmente el saludo llamando a cada una de ellas por los nombres que les había puesto.

Oculto en el horizonte el sol se preparaba a salir de nuevo.

